

Univ'82

Germán Guitián cuenta las impresiones de dos entrañables encuentros de Juan Pablo II con los participantes en el Congreso universitario UNIV'82, celebrado en Roma del 3 al 12 de abril.

Se esperaba con impaciencia el momento en que Juan Pablo II recibiría en el aula Pablo VI a los participantes en el Congreso UNIV'82 para tener una audiencia privada con él. La atmósfera era de gran animación.

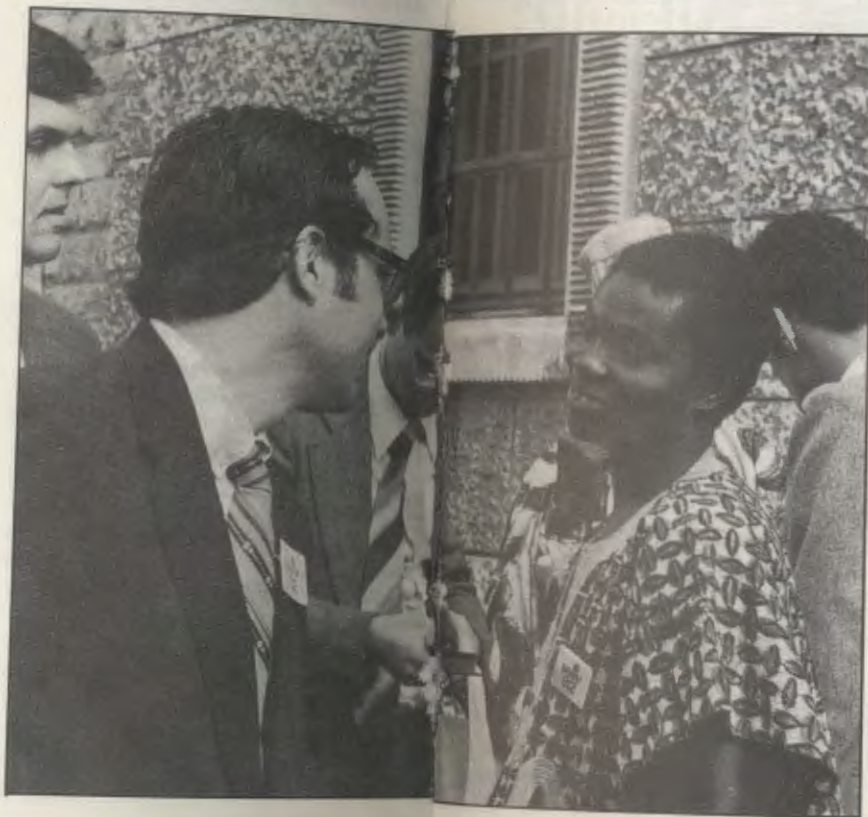
La reunión estaba prevista para las doce y media; pero a las once, los congresistas ya abarrotaban la plaza de San Pedro. Todos querían conseguir un puesto preferente en la Sala Nervi. Por fin llegó el momento.

Poco a poco la gente fue entrando y el alboroto era cada vez mayor. Unos intentaban colocarse donde pudieran ver bien al Papa. Otros cantaban eslóganes como ¡UNIV Viva el Papa! o ¡Juan Pablo II, te quiere todo el mundo!, que se repetirían sin interrupción durante los sucesivos encuentros con él. Los coros, por su parte, ensaya-

ban las canciones que, poco después, oíría el Santo Padre.

LA FUERZA DEL PAPA

Faltaba un minuto para las doce y media, cuando se abrieron las



cortinas que separan el aula del vestíbulo por donde llegaría. La sala se llenó de un sorprendente griterío, reforzado por los aplausos de 6.000 estudiantes que querían demostrar así su cariño al Papa. Sin titubear avanzó por el centro del pasillo con los brazos abiertos, cogiendo las manos de unos y otros y haciendo continuas bromas. Con su mirada penetrante, sencilla y llena de cariño repitió a numerosos estudiantes algo que tantas veces ha dicho en sus discursos: **que somos su fuerza, que cuenta con nosotros, que los jóvenes somos la esperanza**

de la Iglesia.

Minutos más tarde subía al estrado e, inmediatamente, un coro de 6.000 voces empezó a cantar el himno universitario **Gaudeamus Igitur**, al que se le había adaptado una dedicatoria: **Vivat semper iuvenis, Papa dilectissimus! In laetitia semper ibit, Qui Mariae totus fident. Vivat quem laeti sequemur!**

A continuación, el Prof. Fernández de Castro de la Universidad de Caracas, presidente del Congreso UNIV'82, dirigió a Su Santidad unas palabras de saludo, en las que puso de relieve el compromiso de los jóvenes de mantener e incrementar su presencia, como cristianos, en el mundo universitario. Cuando terminó de leer su discurso, estallaron de nuevo los aplausos, como agradecimiento anticipado a las palabras que iba a pronunciar el Papa.

LA UNICA RESPUESTA

El Santo Padre, en primer lugar, dio la bienvenida a los congresistas y les animó a que «en esta Semana Santa confrontéis con Jesucristo las sugerencias, preguntas e indicaciones operativas que os han llevado a vuestro trabajo. Así os percataréis cada vez más de que Jesucristo es el único que revela el verdadero contenido y valor de toda auténtica exigencia humana». Dijo también que la aspiración a vivir una vida digna del hombre, se ve cada vez más coartada por la sociedad; que el deseo que tenemos de una vida más plena y verdadera se co-

rompe muy a menudo, incluso en los jóvenes, extinguiéndose en veleidosas aspiraciones. «Todos —añadió— intentan evadirse de la realidad con la distracción, que puede ir desde la diversión en sentido banal, al éxito profesional, a la pasión meramente científica, a la lucha política». Las palabras del Papa obtuvieron en numerosas ocasiones la calurosa acogida y el apoyo incondicional que los jóvenes manifestaban con sus aplausos.

Al hacer referencia a la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo señaló que «para que el germen de vida verdadera, que el encuentro y el seguimiento de Jesucristo comunica al hombre, crezca y madure, hace falta que cada uno de nosotros afronte todos los problemas y todas las circunstancias de la vida a la luz de ese encuentro y de ese seguimiento, teniendo ante los ojos y en el corazón el asombro y la certeza de la fe».

Al término de su discurso, el Papa agradeció la presencia de los congresistas y les animó a continuar el propósito de testimoniar cada día a todos sus colegas «una calidad de vida más humana, en una vida más alegre». Puestos todos en pie el Papa impartió su bendición apostólica «extensible a vuestros amigos y a cuantos amáis». Los aplausos volvieron a estallar mezclándose con las canciones de los coros y los gritos de adhesión a Juan Pablo II. Antes de abandonar la sala, el Papa saludó a los representantes del comité científico del Congreso y a los de cada uno de los grupos participantes.

UN ENCUENTRO INFORMAL

Pero este no iba a ser el último encuentro con el Santo Padre. Unos días más tarde se confirmó algo que, en cierto modo, ya se sabía y que, desde 1980, se ha convertido en una tradición: la invitación del Papa a tener un «encuentro informal» en su casa. El lugar previsto era el patio de San Dámaso del Vaticano y el día, el domingo de Pascua por la tarde. Era una nueva oportunidad de estar con él.

Ya a las cinco de la tarde del domingo, todas las miradas convergían hacia el portone di bronzo, que conducía al patio de San Dá-

Un catedrático llamado Juan Pablo II

El Director de Nuestro Tiempo estuvo en Italia en vísperas de la Semana Santa y el martes 30 de marzo pudo asistir en el Vaticano a la Misa del Papa con los universitarios de Roma.

El periodista está asombrado cuando comprueba con sus propios ojos que la Basílica de San Pedro está abarrotada de profesores y estudiantes universitarios.

El periodista, llegado el momento, recibió su invitación de color verde que llevaba estampado el número 269 y que, lacónicamente, de-

maso. Eran poco más de las seis cuando los jóvenes, todos en busca del mejor sitio posible, empezaron a llenar el patio.

Y, como en la audiencia «oficial», los aplausos volvieron a sonar en cuanto apareció Juan Pablo II en un balconcillo de escasa altura situado al fondo del patio. El Profesor Fernández de Castro se adelantó para informar al Papa sobre el resultado de las encuestas realizadas en distintas universidades del mundo en torno a «la calidad de estudio y su relación con la



cia: Sua Santità GIOVANNI PAOLO II martedì 30 marzo 1982, alle ore 17, nella Patriarcale Basilica Vaticana, celebrerà la Santa Messa per gli Universitari in preparazione alla Santa Pasqua.

«No te lo pierdas. Vete pronto. Estará lleno», le habían dicho los amigos previsores.

Lo cierto es que, una Misa en plena semana de exámenes trimestrales, en una tarde borrascosa de Roma con truenos, rayos y agua a cántaros no parecía propicia para congregar a un público abundante.

Sin embargo, los amigos le insistirán: «No te confíes. Llega con tiempo. Aquello se pone de bote en bote».

UNA HORA ANTES

La primera sorpresa se produce en el momento de aparcar. El doctor

vida extra-universitaria». El Papa asentía con la cabeza. Luego, se levantó una joven coreana que, en su lengua materna, solicitó del Papa sus oraciones para que ella y sus padres, de religión budista, lleguen a encontrar la fe que ve resplandecer tan fuertemente en el corazón de sus compañeros. Después, un muchacho italiano señaló la presencia de jóvenes ingleses, argentinos, salvadoreños, nicaragüenses, libaneses y polacos para quienes no hay barreras de ningún tipo.

Umberto Farri, que es un experto en este y otros menesteres romanos, dice que lo mejor es dejar el coche nada más atravesar el Tíber, en los comienzos de la Via della Conciliazione. Son las cuatro de la tarde y, al fondo, entre brumas y aguaceros apenas se vislumbra la cúpula de San Pedro.

Infinidad de paraguas van camino de la Basílica. Una hora antes de que empiece la ceremonia. Hay colas ante los controles policiales y bajo las grandes puertas del templo se aglomeran las gentes que, tras mostrar sus invitaciones, pasan a ocupar sus puestos en la amplia nave.

Una hora antes, insisto, la mayoría de los asientos están ocupados. Reina un notable silencio. No hay duda de una cosa: abunda la gente joven. Aquí no hay turistas, curiosos, manadas de peregrinos o per-



sonajes exóticos. Aquí hay universitarios romanos. Unos 8.000 por lo menos. Y entre ellos, varios cientos de profesores con unos treinta rectores de universidades italianas, al frente de los cuales está el Ministro de Educación, Guido Bodrato.

Desde una hora y media antes hay 35 sacerdotes que no cesan de confesar en los confesionarios fijos y en otros muchos portátiles que se han montado en distintos puntos de la Basílica.

EL PUNTO CENTRAL DE REFERENCIA

De pronto, se encienden los focos y entre destellos y aplausos aparece

PARA CAMBIAR EL MUNDO

Una tuna española y un coro universitario de Oxford con sus canciones estudiantiles iban animando todavía más si cabe este «encuentro informal». Y así fue transcurriendo entre bromas, canciones y multitud de anécdotas relatadas por estudiantes de los cinco continentes sobre su experiencia universitaria. Al final, hora y media después, Juan Pablo II, parafraseando a un escritor inglés, afirmó: «Dadme diez santos y transformaré esta ciudad. Habéis hablado —explicó— de vuestros compañeros que no tienen interés por los problemas espirituales, re-

la comitiva papal. Juan Pablo II viste ornamentos morados, bendice a las gentes que le aclaman, camina despacio y se fija en todo lo que sucede a ambos lados del pasillo central que ahora recorre.

Sube las gradas del altar y empieza la ceremonia. Desde ese momento, su mirada se concentra en las rúbricas de la Misa: su semblante se transforma y parece como si estuviera completamente solo, ausente del gentío que le rodea. Su voz resuena poderosa. Un coro de «Comunión y Liberación» entona diversos cantos en italiano y latín. Llega el momento de la homilía y el secretario del Papa le acerca un cartapacio hasta la cátedra, desde la que Juan Pablo II imparte una auténtica lección de Teología para universitarios.

Durante media hora, en italiano, el Papa habla de la Cruz como «el punto central de referencia» donde «Dios vivo se encuentra con el

ligiosos y éticos y viven de modo superficial. La respuesta que podéis dar está expresada en la frase que os he recordado». Añadió, además, que esta respuesta se halla contenida en la parábola evangélica de la levadura: «La levadura cambia la masa y transforma el pan. Vosotros podéis ser esa levadura en la realidad humana. Todo se hace por medio del hombre. Es el hombre, por tanto, quien ha de actuar y si el hombre es movido por la fuerza de Dios es capaz de cambiar el mundo».

Acogiendo luego la petición de un joven que quería rezar con el Papa por la paz, dirigió una breve oración por este deseo y terminó agradeciendo la visita que se le

«mundo». Hay un silencio total y las palabras de Juan Pablo II retumban en la gran basílica. «La Cruz es la medida definitiva de todas las cosas que están entre Dios y el hombre». Por eso, insistirá: «Hay que aprender a medir los problemas del mundo, y sobre todo los problemas del hombre, con el metro de la Cruz y de la Resurrección de Cristo».

En todo su discurso no hay la más mínima concesión a la galería. El Papa habla con autoridad de profesor. La especulación teológica y la riqueza doctrinal no impiden que termine sus palabras con una llamada enérgica a la oración personal: «Carísimos, en nombre del Crucificado y del Resucitado os pido: ¡Orad, amad la oración!».

UN LIDER INTELLECTUAL

Prosigue la ceremonia y el Papa da la comunión a unas 100 personas.

había hecho. Los aplausos, esta vez de despedida, pusieron punto final a estos dos entrañables encuentros con Juan Pablo II ■

G.G.



Otros 30 sacerdotes repartirán casi 5.000 comuniones. Concluye la Misa y el Pontífice vuelve a ser aclamado. Antes de subir a sus habitaciones, Juan Pablo II se reúne en la capilla de la Piedad con el ministro de Educación, los rectores y otros profesores.

Son casi las siete de la tarde cuando una gran muchedumbre irrumpe en la Plaza de San Pedro. Al salir de la basílica todavía hay gentes en los confesionarios. La lluvia continúa y, pese a ella, un grupo de estudiantes enarbola una pancarta de Solidarnosc. Le cantan al Papa y, como tantas veces, Juan Pablo II se asoma a la ventana de su despacho para agradecer su gesto.

El periodista piensa entonces que probablemente no haya en este momento nadie en el mundo capaz de reunir y hablar a tantos millares de universitarios como este Papa, un catedrático llamado Juan Pablo II ■

J.A.G.